

# Nazarenos en la Madrugada del Viernes Santo Manchego...



Es curioso y significativo que en todas las ciudades, pueblos, villas y aldeas que conozco, o bien tengo referencias de ellas, es la HERMANDAD DE NUESTRO PADRE JESUS DE NAZARENO, o los «Moraos», como en algunas de ellas se les denomina cariñosamente, la que tiene mayor raigambre y fervor por parte de todos los creyentes y precisamente es en Daimiel donde más se prodiga y resalta entre las demás, por eso hay que presenciar en esta ciudad la madrugada del Viernes Santo, en que los Nazarenos hacen su desfile de penitencia.

Intentaré en estas líneas describir la gran impresión que causó en mi noble alma de niño el presenciar este desfile procesional, cuando empezaba a hacer mis primeros pines musicales en una Banda Municipal de la provincia. Y me voy a atrever a piropear a la Hermandad de Ntro. P. Jesús de Nazareno y a Daimiel, sin miramientos y sin perjuicios, porque ni soy de Daimiel, ni resido en esta ciudad, ni nada me vincula a la misma, pero eso sí, como devoto de Jesús y por deber esta devoción a esa impresión a que antes hacía referencia, intentaré piropearla y al mismo tiempo describirla con el corazón, ya que literariamente no podría, pues mis escasas dotes no me lo permitirían; y fue así aquella MADRUGADA DEL VIERNES SANTO EN DAIMIEL:

Llegábamos muy de madrugada a la Ciudad de Daimiel, por primera vez, los componentes de una Banda Municipal para actuar en el desfile penitenciario de los «Encuentros», mañana muy fría, y no sé por qué razón, arriba-mos con mucho tiempo, por lo que algunos quedaron en el autocar y otros pocos decidimos visitar los «Monumentos». El primero en visitar fue el de la iglesia parroquial de San Pedro, luego el de Santa María y, por último, el convento de las Carmelitas, el grato olor de los numerosos claveles, azucenas y otras flores me predispusieron a vivir y sentir sensaciones agradables. Por el movimiento de la Capilla de esta última denotábase el incipiente comienzo del desfile procesional, y al salir de ella nuestro director nos buscaba preocupado, dada nuestra corta edad.

Pronto se cambiaría el decorado, y de las tinieblas de la noche se pasaría a los albores

de la madrugada y sin estar preparada nuestra Banda, la Municipal de Daimiel, y concretamente el fliscorno de dicha agrupación, inicia un solo al que pronto, a los pocos compases, se le unía toda la Banda. Era la tradicional marcha de procesión «El Niño Perdido». Para mí este momento fue sublime, dejándome casi extasiado, era muy bonita y muy conseguida su interpretación, por estar pendiente de ella, no me di cuenta de la salida de JESUS y casi me hubieron de llamar la atención para apartarme de la puerta de las Carmelitas. ¡Qué impresión sentí al ver a Jesús de Nazareno! en esa forma, para mí, extraña, «de una caída» ¡Qué silencio había y qué recogimiento y fervor! Los débiles rayos del alba incidían sobre Jesús dando una mayor imagen de agonía. Sólo se escuchaba el suave sonido de un murmullo que a mí me pareció de oración, recogimiento y fervor, y las notas agradables del «Niño Perdido». El momento era indescriptible y es que Jesús «El Nazareno» estaba ya en plena calle.

Al finalizar su actuación la Municipal de Daimiel, iniciamos nosotros la nuestra, medio nerviosos y medio emocionados, a los mismos pies de Jesús. Bien recuerdo el título de nuestra marcha fúnebre: «La Oración», y fuimos pasando penitentes y más penitentes en una fila interminable y al contrario de otras partes, las túnicas de éstos estaban exentas de todo lujo, «Capiruchos» muy altos y finos con corona de espinos dentro de ellos. Con un fervor y recogimiento como en pocos sitios vi; de verdad la escena era, a la vez de escalofriante, maravillosa.

Llegaría el encuentro con la Virgen. Me parece que era en la plaza de Santa María, si mal no recuerdo. ¡Qué correr de los cofrades-costaleros con la Virgen a hombros y qué silencio! La suave brisa matinal ondulaba graciosamente el pelo de Jesús y parecía tener vida real la escena y hasta se podía entender el diálogo del Hijo con la Madre. Más tarde, el encuentro con la Verónica. Esta vez en el «Altílo». Yo no me esperaba el movimiento articulado de la Imagen, y tengo que reconocer que, si el primer «encuentro» me produjo una honda sensación, éste, en mi conciencia infantil, un alarde de la técnica y sorpresa al ver impregnado en el lienzo el agonizante ros-